

paridas sin doblez. — Y será el día
 en que, todos obreros del gran campo,
 sepultemos en paz *nuestras* semillas.
 Entretanto ¡reid! porque gozamos
 de las últimas horas de la noche:
 ¡Danzad, danzad, danzad, máscaras viejas!



Canto á los Viejos

¡Salud, encinas por la edad dobladas!
 ¡Salud, montañas bajo el sol nevadas,
 rescoldo de los hornos de la Tierra!
 ¡Salud, cabezas blancas; labios fríos;
 álamos apartados de los ríos;
 corceles expulsados de la guerra!



¡Salud, cansado batallón de viejos,
 que, dando á todos débiles consejos,
 vais descendiendo del altivo monte!
 ¡Salud, y permitidme que adelante
 mientras, de resplandores abundante,
 se ensanche enfrente mío el horizonte!



Sois torrentes siniestros que el deshielo
 va derramando de la cumbre al suelo
 para anegarlo todo impiamente;
 pero tan sólo moveréis las piedras,

y los arbustos y las verdes yedras
en vuestras aguas mojarán su frente.



Pasad, como implacables leñadores,
chafando nidos y arrancando flores
por la selva grandiosa de la vida ;
que la inmensa legión de los mancebos,
su nido haciendo en los arbustos nuevos,
va detrás de vosotros atrevida.



Tenéis cariño al báculo, patriarcas ;
vuestra corona idolatráis, monarcas ;
amáis á vuestro cuerpo, almas eternas
y maldecís de todos los senderos
y de las alas no sabéis valeros,
cuando os empiezan á fallar las piernas.



¡ No sabéis avanzar ! No sabéis, viejos,
ver que la Juventud se queda lejos,
que vive en otro mundo y de otra suerte ;
queréis juntar la entrada y la salida —
cuando ella late enfrente de la Vida
y vosotros enfrente de la Muerte.



Dejad que luche la semilla libre,
que, fecundada, se estremezca y vibre
extendiendo sus brazos diminutos ;
¡ no envidiéis su entusiasmo y sus colores

vosotros, buenos viejos, mustias flores
que está el Destino convirtiendo en frutos !



¡ No dudéis los llegados á la cumbre,
Profetas ; y no os cause pesadumbre
la soledad inmensa que os rodea !
¡ Lanzad siempre adelante la mirada
y pasad de la carne, vuestra amada,
á vuestra esposa mística la Idea !



¡ Dejadles el presente á los que viven !
Ellos aman el sol, ellos reciben
la triunfante caricia de los vientos,
cuando en vuestras eternas soledades
se han acabado ya las tempestades
y han perdido su voz los elementos.



¡ Decidnos lo que veis !— Vuestros consejos
sean promesas, inspirados viejos,
como las voces últimas de un Cristo :
y, ya sobre la cumbre apetecida
mirad el otro lado de la vida,
sin volver á mirar lo que habéis visto.



Van el triunfo á lograr vuestras hazañas ;
lleváis el Porvenir en las entrañas
y el parto misterioso está cercano ;
vuestra Vida es intensa y solitaria —

¡ que acuda á vuestros labios la plegaria,
al caer os el hacha de la mano !



¿ Dudaréis de la Vida, en el instante
en que la miés, cerniéndose abundante,
os sonríe en copiosa perspectiva ?
¡ Vivid en el reposo del que escucha,
ancianos ! — ¡ Siga al ruido de la lucha
la inmensa placidez contemplativa !



El Templo en ruinas

I

Como una inmensa y pálida osamenta
de religiones muertas, por los campos,
se ofrecen á los ojos del viajero
las ruinas de los templos. — Uno he visto
completamente solo ; su atrevida
cúpula derribada, parecía
la cabeza de un mártir, que un tirano
hizo saltar de los tundidos hombros ;
yacían sus columnas por el suelo
hundidas en el barro ; las imágenes,
en actitudes trágicas, rodaban
entre las negras piedras, sugiriendo
la sospecha espantosa de un combate
en el que sucumbieron impotentes.
Hasta en las grandes lápidas, que cubren
las tumbas de los nobles fundadores,
las estatuas yacentes parecían
víctimas del combate y apretaban
con marmórea constancia, sobre el pecho,
las espadas de piedra. —

II

El mediodía

rico de luz, deja caer á chorros
su bautismo de vida sobre el frío
cadáver de las ruinas: todo hierve
en derredor por la llanura; humean,
recién abiertos, los calientes surcos;
cabecean los pinos lentamente
en la falda del monte; los arroyos
sobre los musgos resbalando, bullen
como la sangre de un guerrero joven;
la Tierra vive y los pastores buscan
un pedazo de sombra en que tenderse,
mientras hacen la siesta y los rebaños
reciben sobre el cuerpo palpitante
la caricia del Sol. —

III

Entonces viven

las ruinas del Templo: — los corderos
de vellón abundante, las fecundas
vacas de frente pensativa, el vario
tropel de airosas cabras, los mastines
van entrando en las ruinas poco á poco —
al principio miedosos, olfatean,
presintiendo un misterio en aquel sitio;
no se atreven á entrar, y largo rato
mantienen recelosos en el aire
la pata levantada. — Se diría
que miran al vencido con respeto
ó que, antes de invadirlo, consideran
la grandeza del sitio que hoy ocupan
en nombre de la Vida. Luego llenan,

levantando un rumor que cruje, en torno
de los santos caídos, los rincones
del Templo abandonado; alegremente
balan al Sol, junto á las viejas tumbas
los cabritillos jóvenes; los bueyes,
promesa de abundancia, se han tendido
en lo interior de las capillas quietas;
sobre un altar, contra el que ardentemente
el Sol derrama su abundante lluvia,
duerme una vaca enorme, la más grande
con que cuenta el rebaño, cuyo seno
triumfante abulta la preñez y todos
desde el suelo parecen adorarla. —
De columna en columna activamente
las tripudas arañas van tendiendo
su delicada tela; se oye el grave
zumbido de las moscas entre el polvo;
del fondo de la tierra brota el ruido
con que trabajan los ocultos gérmenes;
y hasta el pastor robusto, de rojizos
carrillos sudorosos, dormitando
á sombras de un pilar, abre la boca
y extiende los dos brazos por el suelo
en un largo abandono, que revela
nostalgias de la esposa. —

Y de este modo
el gran torrente de la vida invade
las ruinas del Templo.

IV

... Pero viendo
los viejos fundadores que profanan
su lugar de reposo, por las noches
las rígidas espaldas enderezan

y ahuyentan al pastor y á los rebaños,
agitando sus manos en la sombra. —
Repiten luego sobre el ara antigua
su plegaria de siempre; queman restos
del incienso hace tiempo consumido ;
se dan, con un rumor de cañas huecas,
golpes de compunción sobre los huesos
y, estando todos muertos, aunque nunca
conteste el Universo á sus plegarias,
no les parecen mal ni el templo mudo,
ni el techo roto, ni el altar vacío.



La Buena Nueva

Sobre las ruinas de la Iglesia antigua
levantaré en tres días otra nueva :
será la Iglesia de los hombres fuertes ;
la que tiene por bóveda los cielos
y por triunfante música los mares.



Será la abierta á todos — A los niños,
rosas sangrientas de la vida ; al hombre,
cedro de las montañas, y á las buenas
mujeres, dulce fruto de los huérfos.



Los ancianos, de frente con arrugas
y de nevadas barbas, cuando tengan
Vida en el corazón y con los ojos
contemplan á la cumbre, que sus plantas
no han de pisar, serán los fundadores
del Templo nuevo.



Y al mancebo, lleno
de sangre ardiente, si su pecho roe
el mezquino gusano de la duda,
si no cumple con te sobre la Tierra

su destino de Vida, como inútil
mercader que profana un lugar santo,
lo arrojaré del Templo.



Abrir los ojos
será vuestra oración : toda la Tierra
vuestro libro ; el que llaman egoísmo
vuestra fe más hermosa y vuestro culto
amar, después de amaros.



Así el árbol
después que echa raíces y la copa
como nublado inmenso desparrama,
toda la savia redundante emplea
en brotes nuevos y aparece el bosque,
donde todos los árboles se quieren
porque un viento común los mueve á todos.



¡ Venid, venid, mortales, sin que os llamen,
al Templo nuevo ; al templo sin campanas,
sin puertas y sin cruz ; al Templo inmenso !



¡ Venid, que han de salir los Sacerdotes
de en medio de vosotros ! — ¡ Preveníos,
Sacerdotes del Dios que está viniendo,
y vivid según él ! —



Yo quiero hallaros
en medio de las gentes, añadidos

á la inmensa cadena de los seres,
danzando en la gran fiesta del Verano
que no termina nunca ; abriendo el Templo
á la caricia de la Luz ; echando
vuestras roñosas llaves á las ondas
y poniendo á las grandes muchedumbres
en contacto con Dios : — Yo quiero veros
bautizando en espíritu á las gentes
y abrasando, al pasar, vuestras sandalias
en las ardientes zarzas del camino :
no á vuestra voz contestarán entonces
voces respetuosas, murmurando
palabras que no entienden. —

Pero, juntos
los niños inocentes y los viejos
que contemplan á Dios ; las nobles viudas
y las doncellas de redondo seno ;
los jóvenes ilusos y los hombres
colocados en medio de la Vida,
cada cual Sacerdote de sí mismo
y todos juntos, sin cesar, formando
un pueblo de triunfantes Sacerdotes,
acudiréis á la brillante Fiesta
que anuncia el Sol, que adornan los Veranos,
y en que oficia la Vida.



Somos gérmenes
de un campo, intensamente sentido,
y á donde llegaremos hechos mieses.



Pidamos á la Tierra el alimento
y la fuerza ; no, empero, los deseos

que han de formar la espiga ; luminosos,
vibrantes de entusiasmo, los llevamos
sólo en nosotros mismos. — Desde niños
los sentimos latir en nuestra sangre
y florecer en nuestras almas. — Luchan,
nos punzan las entrañas ; como agudo
hierro interior desgarran nuestro cuerpo ;
pero, al fin, brotan como lluvia de oro
y, espigas abundantes, se destacan
sobre la pequeñez de los cadáveres.



¡ Oh, trabajad por vuestra propia Vida,
sin estorbar la vida de la Tierra !



¡ Añadid una estrofa al himno inmenso
que escucharán, riendo, los espacios
cuando Dios llegue á ser !



¡ Amad, creciendo !

¡ Reconcentraos en vosotros mismos
y os atraeréis como se atraen los astros !
¡ Semillas ! Germinad sobre la Tierra,
en el caliente seno de los campos !
¡ Liras ! Vibrad, sin confundiros nunca,
sin duplicar, con pesadez monótona,
los acordes sonidos !



Afanosos
haced, gusanos, la dormida intensa
que os ha de transformar en mariposas !

¡ Lagos del mundo, reflejad el Cielo !



¡ Piedras del Templo, coronad la bóveda !



¡ Ríos, llegad al Mar ! ¡ Nubes, juntaos
y brotará el relámpago infinito !
— Los Tiempos están cerca y la miseria
que nos rodea es la funesta noche
que precede á las grandes claridades.





Brindis

Volved, amigos, á llenar las copas,
abrid de nuevo los sedientos labios,
que, nuevamente, su licor los dioses
vienen á darnos.

Que, nuevamente, la infinita senda
se abre radiante á nuestro firme paso ;
senda sin huellas, cuyo fin no vieron
ojos humanos.

Volved, amigos, á llenar las copas
que la vendimia terminó en los campos ;
ya se exprimieron los racimos, últimos
dones de Baco.

Ya, en el lagar del pensamiento, bullen
los nuevos mostos con ardor pausado ;
el labrador de los cabellos grises
calla, esperando.

Todos aguardan la cosecha nueva,
la que nosotros preparando estamos :
¡ venid, amigos ! — Los lagares hierven,
llena un rumor de gestación los campos.





La Voz del Torrente

— Nazco en la gran montaña, entre las rocas
recubiertas de musgo ; broto, lleno
del cariño ardoroso de la Tierra
y me lanzo á los aires :
vibro un instante, atravesando el éter
y me bautiza el Sol : las brisas pasan
demandando frescura á mis raudales
y, al derrumbarme, hago vibrar las piedras.

¡ Ya tengo vida ! Y adelanto... corro
con la fuerza del rayo y con la armónica
marcha de las estrellas. Soy, de noche,
la lengua de los campos.
Se agrieta el suelo, á mi contacto, y sorbe
mi sangre joven con delicia muda ;
cuando escuchan mi voz las flores tiemblan
y deja el árbol que sus ramas caigan.

¡ Qué ansia de ver en mis primeros años
y qué ansia de soñar cuando soy viejo !

hierven al pie del manantial mis aguas
vibrantes de entusiasmo ;
luego, para avanzar, tumban las rocas
y los árboles mudos ; luego cantan
y se dilatan, dueñas de la Tierra,
en la tranquila estrofa de los lagos !



He sorprendido, al recorrer el Templo
perpetuamente abierto de los bosques,
el canto del gorrión enamorado
y el canto de su esposa.
La florecida falda de los montes
y el desnudo pilar del férreo puente ;
las ruinas de castillos y de iglesias
me ven pasar, sin detenerme nunca !



Mis claras aguas, al andar, reciben
las imágenes todas — mi destino,
haciéndome avanzar, todas las borra
y las va renovando ;
las piedras negras con las mieses verdes ;
y las tumbas desiertas con los nidos —
los enormes palacios que devoran
con los pobres molinos que producen.



Solo una cosa me acompaña siempre —
¡ el cielo azul, que se dilata, encima
de todas mis visiones, como un Padre
del Universo vivo !
Sólo una cosa no me deja nunca
¡ mi canción, el murmullo de mis olas !

esa triunfante rísa de las ninfas
que descubrió la Grecia en mis entrañas !



¡ Mi canción !... Y en la paz de los remansos
cuando aparezco mudo ; cuando cesan
de moverse mis aguas, no termina
¡ es que se forma mi canción ardiente !
¡ es que mis ninfas me han dejado á solas
y, envueltas en la luz, bajo el templado
misterio de los árboles amigos,
se están dejando amar y lo aman todo !





La Canción de las Naranjas

Con los golosos labios irritados
por el ardiente zumo, amada mía,
y á plena luz, atravesando huertos,
cantemos la canción de las naranjas!

Falsamente modestas, han ceñido
su roja piel con el ramaje obscuro
como mejillas de mujer, brotando
de entre el desorden de cabellos negros,
como rosas en medio de las ruinas.

¡ Son las hijas del Sol, las encargadas
de esparcir su alegría por el mundo!

— Muerde esta, amada, con tus blancos dientes
y entorna las pupilas, recordando
la gloria de los árabes! — Sus fiestas
llenas de luz; los patios y las cañas
los húmedos jardines y los baños
desbordantes de vida, estremecidos

por el largo reír de las sultanas
y el dulce suspirar de las cautivas;
recuerda, amada mía, las Huríes
que están, como naranjas luminosas,
tentando el apetito de los buenos
en el gran paraíso de las almas.

Muerde, mujer traviesa, el fruto ardiente
y que el zumo abundante, al escaparse
por el labio entreabierto, corra en hilos
por tu sedosa piel y cuello y manos
huelan como naranjas al besarte!
— Así resbala el agua entre los labios
abiertos de las piedras; así el Día
como risa triunfante se desprende
de la boca siniestra de la noche,
cuando sus labios gigantes, cielo
y tierra, se entreabren —

¡ Muerde, amiga!

¡ muerde los frutos de color de fuego
y sorbe alegre el abundante zumo!
— ¡ Las lluvias tristes, las neblinas densas,
las nieves del invierno se detienen,
ante el azul país de las naranjas!
Triunfan las favoritas de la Vida
junto á la espuma de las playas rojas
y el pueblo, recibéndolas alegre,
las imagina dones misteriosos
que cultivan las manos de las hadas
para bien de los dioses — y, al gustarlas —
las niñas atrevidas á su hermano
cuentan la historia de las tres menudas
naranjas del amor!

¡ Muerde adorada !
 ¡ Muerde los frutos del amor que tienen,
 la corteza de fuego y la piel suave
 como un ala de blanca mariposa !
 ¡ Muerde, esperando el triunfo del Verano,
 los deliciosos frutos del Invierno !

Y, cuando todo pase, en los lejanos
 tiempos de la vejez contemplativa,
 cuando á la cumbre de los montes llegues
 donde todo son témpanos y rocas ;
 todavía con gusto, las cansadas
 pupilas volverás hacia los valles ;
 todavía los frutos encarnados,
 como labios alegres, desde lejos,
 te dirán maliciosas expresiones ;
 y con risa benévola — ya anciana,
 ya flor medio caída en lo infinito —
 bendecirás tu juventud de amores !
 — Aquel azul país de las naranjas.



El Rey Herodes

I

« Cubierto el pecho del sonante hierro
 » y el acero desnudo en nuestras manos,
 » bajamos, como negros segadores,
 » al campo de la Vida.
 » Bajamos á arrancar lo que se extiende
 » con la gran libertad que da la Tierra :
 » los niños sanos, las ideas jóvenes
 » que hacen temblar de nuestro Rey el trono.

✽

» ¡ Nos han pagado bien ! — Será preciso
 » que, agradecidos, la matanza hagamos ;
 » que destrocemos nuestros hijos propios :
 » ¡ nuestros deseos mismos !
 » Será preciso que las nuevas mieses
 » que los arbustos nuevos, sacrifiquen
 » su pompa rica y su verdura intensa
 » ante el Idolo viejo del Palacio !

✽

» Con la siniestra risa de los días
 » en que recibe sobre el regio lecho
 » á una nueva mujer, nos ha entregado
 » su cincelada copa :
 » ¡ Tenedla — dijo — es patrimonio sólo
 » de aquel de entre vosotros que la traiga
 » colmada de la sangre del Ungido
 » y echando espuma roja por los bordes !



» ¡ Empiece la matanza ! Que los niños
 » mueran sobre el regazo de sus madres,
 » sin más delito que su sangre joven :
 » ¡ que sus ojos se cierren !
 » ¡ que, violentamente, las estrellas
 » arrancadas del Cielo, se desplomen
 » y, al apagarse en el sangriento lago,
 » que un vapor negro lo oscurezca todo !



» ¡ Quede el jardín sin flores ! ¡ Enmudezcan
 » las hirvientes nidadas de los árboles !...
 » Que el sapo es enemigo de las rosas
 » y Herodes de los niños —
 » ¡ Séquense en sus comienzos los torrentes
 » que amenazan la nave carcomida !
 » ¡ Espiren los cachorros, que mañana
 » esgrimirían uñas de Leones ! »

— Y los siniestros segadores llenan
 los hogares de sangre. Con los pechos
 salpicados de púrpura, recorren

las plazas las mujeres,
 y los pequeños, perseguidos, huyen,
 tendiendo los bracitos vigorosos
 á la radiante vida que se escapa
 — al rojo fruto que han mordido apenas.



¡ Adiós, pero no adiós, jóvenes hijos !
 ¡ Adiós, pero no adiós, libres ideas !
 Que, en el mar, siguen á las olas muertas
 las olas que se forman ;
 que vuestras Madres se echarán en brazos
 de los esposos fuertes ; que han sonado
 las horas del Amor ! — Y el Amor grande,
 el que hace hermanos á los hombres todos
 va á levantarse contra el viejo Herodes !

